

# DISCURSO DEL DOCTOR ALFONSO ROBLEDO

## Discurso de Alfonso Robledo

Hay un sentimiento que yo admiro en el hombre, porque le hace noble, y en los pueblos, porque los hace grandes. El llena de encantos la amistad; él ensancha nuestros afectos, como las suaves ondas de un lago, hasta abrazar ese pequeño círculo que llamamos patria; él anima en silencio el heroísmo, y levanta las almas a la altura luminosa del sacrificio. Corazón que abriga tan hermoso sentimiento, es honrado: pueblo que lo estimula, sabe el secreto de levantar una generación gloriosa. Por él, un pueblo sigue viviendo con su pasado; por él, a mano cariñosa de la posteridad lava el mármol en que el tiempo casi ha borrado el nombre de un varón insigne; por él, están siempre a nuestro lado todos los hombres que han herido recio el pedernal de la vida. Ese noble sentimiento es la gratitud. Conmoveror homenaje de admiración y gratitud es el que hoy tributamos al primer ciudadano de Colombia, desaparecido en hora infausta, al hombre que en los últimos días era como el número de la patria, el que desde su exilio nos orientaba como faro imponente, cuya luz seguiremos viendo por muchos años, al modo que se ven los resplandores de una estrella lejana, mucho tiempo después de haberse apagado en el espacio.

Ansiábamos sus amigos verle llegar a costas colombianas, tras largos años de ausencia, como salvador de la república, con el título que él honró durante los días de la gran guerra; esperábamos oír de sus labios, cálida y elocuente, la fórmula de concentración que el país buscaba. Y qué nos llega? Ved: doblegada, vencida, esa cabeza pensadora que en sus hombros se erguía con altivez nermosa; fría y pálida la frente que en las tempestades del parlamento veíase azotada por las olas de sus cabellos; mudos sus labios, con mudo silencio eterno; sobre su cuerpo, la bandera de Colombia, que él pidió a guisa de mortaja, por ser lo que más amaba, y quizá para que esos colores le recordasen por última vez los crepúsculos de su patria, cuando en tardes serenas, el sol resbala por un cielo azul, antes de hundirse majestuoso en lagos de oro y sangre.

Militó Concha en los tercios con servadores, pero nunca fue sectario. Quien es hombre de partido, afirma una limitación, que no admiten los hombres superiores. Colocado por especiales circunstancias en condiciones de resolver todos los conflictos durante la última campaña, le desdeñamos, porque no tenía el espíritu banderizo, y porque las luchas que entonces nos apasionaban no eran luchas de patria. Preferimos la derrota, antes que sacrificar minúsculos intereses y personales ambiciones. He dicho revés y no caída, porque en este sacudimiento de los últimos días, nadie ha caído, nadie ha triunfado.

para levantar el sentimiento de patria. He aquí todo. Dos débiles columnas se han juntado para dar solidez a un edificio que se desploma. Nadie podría decir cuál está desempeñando el papel más importante. Dentro de una constitución que es intangible, y que es conservadora, hemos asegurado el turno pacífico de los partidos, que es la más valiosa conquista democrática. El bello movimiento cívico que ha merecido universal aplauso, no tiene nombre propio. Nació en las entrañas del pueblo, es hijo de un gran dolor de la democracia, pero si se quisiera atribuirlo a un hombre, yo escribiría sobre ese vértice luminoso: Concha.

Un partido que tiene savia para formar hombres como el que hoy honramos, puede tener crisis profundas merced a prácticas viciosas, pero revivirá fácilmente, porque la raíz de la doctrina permanece intacta. En la hora de serenidad que ha venido tras el pasajo de acastrado, impórtanos emprender una inteligente organización. Pero no debe ser nuestra primera palabra: vamos a reconquistar el poder. No. Esto indicaría que subsiste la dolencia, que sólo pensamos en el partido, mas no en la patria. Quien pierde su fortuna no dice en el primer momento: voy a rehacerla de cualquier modo. Analiza las causas, salda sus cuentas, rehabilita su crédito, pues sabe que con crédito decobra sus caudales. Igual tarea nos corresponde a los conservadores. Corregir malas prácticas, formar escuela de sacrificio, hacer gala de personal desinterés, comenzar vida nueva, conocer nuestros mejores hombres, aquellos que, como el insigne Concha, eran exco-mulgados a menudo porque advertían los peligros y sabían decir la verdad amarga. El triunfo se prepara, se merece, pero no se anuncia. Hay, por dicha, una juventud que sabrá consagrarse a tan noble empeño. La organización debe hacerse, pero respetando una realidad tristemente dolorosa: los conservadores de doctrina no pueden ir con los socios industriales del partido. Si éstos lo perdieron, de-

ben aquellos salvarlo.

Alejado del país, en los últimos años, después de renir las batallas del parlamento y haber gustado el acibar del poder desde Roma seguía con ansiedad el vivir atormentado de la república. Cuando sufríamos embriaguez de progreso desatentado, una voz se oyó que advertía el peligro de los empréstitos: la de Concha. Cuando fingidos temores servían de pretexto para herir preciosas libertades, un hombre protestó el primero con energía: Concha. Cuando un hervir de pasiones pequeñas, una serie de errores parecían anunciar la ruina completa de la república, un gran patriota que lleno de angustia se acercaba ya a la tumba, dijo esa frase dolorosa que fue para un país adormecido como un latigazo tremendo: "Dios tenga a Colombia de su mano". Era Concha. Fue su vida un culto constante al valor y a la sinceridad, virtudes harto olvidadas hoy, y las que más deben recomendarse a la juventud, como el primer paso hacia una vida nueva. Fáltanos valor para decir la verdad, si ello disgusta a los electores o pone en peligro una posición política. Nadie sabe lo que en realidad piensa o cree hoy una persona, pues todo es un engaño. El país tiene hambre de sinceridad, de la virtud que más resalta en la vida pública de Concha.

Espíritu esencialmente combativo, excediase a veces en la pasión, pero guiábalo siempre un móvil levantado y un claro sentimiento de justicia. Era un gran decoro al servicio de un ferviente patriotismo. No pensó nunca en el dinero que a tantos hombres pierde y a tantos políticos manilla. Delante de los hombres pasaba indiferente. Quien los merece bien, los acepta, pero no los busca. Era sensible a la amistad y en sus amigos sabía buscar consejo. Sin hacer gala de religiosidad, era un hombre de fe profunda; en ella encontraba fuerza para sus luchas y consuelo para sus pesadumbres; ella le dio dos alas a su espíritu para volar a las regiones inmortales.

Pronto una loza blanca lo se-

parará para siempre de nosotros. Pero allí donde más calla, es donde más habla, pues sabrá convertir en cátedra su tumba. El bronce que ha de venir en breve durará menos que la huella profunda dejada por el gran estadista en los fastos del país, como en roca viva. Del todo no muere quien sigue viviendo en nuestra historia en nuestras instituciones y en el corazón de sus amigos.

Cuán bella me parece en este momento la bandera de Colombia! Dentro de esa caja, envolviendo como un manto real el cuerpo del gran republicano; afuera, ondeando majestuosa, llamando con alegría a una jornada de conciliación y paz, llamando a la unión que hace cien años quería Bolívar cuando, a orillas del mar, la reclamaba con acentos de amargura inmensa.

Callemos un instante: Concha duerme y la patria medita.

ese pequeño círculo que llamamos patria; él anima en silencio el heroísmo, y levanta las almas a la altura luminosa del sacrificio. Corazón que abriga tan hermoso sentimiento, es honrado: pueblo que lo estimula, sabe el secreto de levantar una generación gloriosa. Por él, un pueblo sigue viviendo con su pasado; por él, la mano carifionosa de la posteridad lava el mármol en que el tiempo casi ha borrado el nombre de un varón insigne; por él, están siempre a nuestro lado todos los hombres que han herido recio el pedernal de la vida. Ese noble sentimiento es la gratitud. Conmovedor homenaje de admiración y gratitud es el que hoy tributamos al primer ciudadano de Colombia, desaparecido en hora infausta, al hombre que en los últimos días era como el número de la patria, el que desde un alto nos orientaba como faro imponente, cuya luz seguiremos viendo por muchos años, al modo que se ven los resplandores de una estrella lejana, mucho tiempo después de haberse apagado en el espacio.

Ansiábamos sus amigos verle llegar a costas colombianas, tras largos años de ausencia, como salvador de la república, con el título que él honró durante los días de la gran guerra; esperábamos oír de sus labios, cálida y elocuente, la fórmula de concentración que el país buscaba. Y qué nos llega? Ved: doblegada, vencida, esa cabeza pensadora que en sus hombros se erguía con altivez nermosa; fría y pálida la frente que en las tempestades del parlamento veíase azotada por las olas de sus cabellos; mudos sus labios, con mudo eterno; sobre su cuerpo, la bandera de Colombia, que él pidió a guisa de mortaja, por ser lo que más amaba, y quizá para que esos colores le recordasen por última vez los crepúsculos de su patria, cuando en tardes serenas, el sol resbala por un cielo azul, antes de hundirse majestuoso en lagos de oro y sangre.

Militó Concha en los tercios con servadores, pero nunca fue sectario. Quien es hombre de partido, afirma una limitación, que no admiten los hombres superiores. Colocado por especiales circunstancias en condiciones de resolver todos los conflictos durante la última campaña, le desdenamos, porque no tenía el espíritu banderizo, y porque las luchas que entonces nos apasionaban no eran luchas de patria. Preferimos la derrota, antes que sacrificar minúsculos intereses y personales ambiciones. He dicho revés y no caída, porque en este sacudimiento de los últimos días, nadie ha caído, nadie ha triunfado. Hemos hecho un común esfuerzo

trañas del pueblo, es hijo de un gran dolor de la democracia, pero si se quisiera atribuirlo a un hombre, yo escribiría sobre ese vértice luminoso: Concha.

Un partido que tiene savia para formar hombres como el que hoy honramos, puede tener crisis profundas merced a prácticas viciosas, pero revivirá fácilmente, porque la raíz de la doctrina permanecerá intacta. En la hora de serenidad que ha venido tras el pasajo desastre, impórtanos emprender una inteligente organización. Pero no debe ser nuestra primera palabra: vamos a reconquistar el poder. No. Esto indicaría que subsiste la dolencia, que sólo pensamos en el partido, mas no en la patria. Quien pierde su fortuna no dice en el primer momento: voy a rehacerla de cualquier modo. Analiza las causas, salda sus cuentas, rehabilita su crédito, pues sabe que con crédito decobrará sus caudales. Igual tarea nos corresponde a los conservadores. Corregir malas prácticas, formar escuela de sacrificio, hacer gala de personal desinterés, comenzar vida nueva, conocer nuestros mejores hombres, aquellos que, como el insigne Concha, eran excoimulgados a menudo porque advertían los peligros y sabían decir la verdad amarga. El triunfo se pide para, se merece, pero no se anuncia. Hay, por dicha, una juventud que sabrá consagrarse a tan noble empeño. La organización debe hacerse, pero respetando una realidad tristemente dolorosa: los conservadores de doctrina no pueden ir con los socios industriales del partido. Si éstos lo perdieron, de-

nergía. Concha. Cuando un hervir de pasiones pequeñas, una serie de errores parecían anunciar la ruina completa de la república, un gran patriota que lleno de angustia se acercaba ya a la tumba, dijo esa frase dolorosa que fue para un país adormecido como un latigazo tremendo: "Dios tenga a Colombia de su mano". Era Concha. Fue su vida un culto constante al valor y a la sinceridad, virtudes harto olvidadas hoy, y las que más deben recomendarse a la juventud, como el primer paso hacia una vida nueva. Fáltanos valor para decir la verdad, si ello disgusta a los electores o pone en peligro una posición política. Nadie sabe lo que en realidad piensa o cree hoy una persona, pues todo es un engaño. El país tiene hambre de sinceridad, de la virtud que más resalta en la vida pública de Concha.

Espíritu esencialmente combativo, excedíase a veces en la pasión, pero guiábase siempre un móvil levantado y un claro sentimiento de justicia. Era un gran decoro al ser vicio de un ferviente patriotismo. No pensó nunca en el dinero que a tantos hombres pierde y a tantos políticos mancilla. Delante de los hombres pasaba indiferente. Quien los merece bien, los acepta, pero no los busca. Era sensible a la amistad y en sus amigos sabía buscar consejo. Sin hacer gala de religiosidad, era un hombre de fe profunda; en ella encontraba fuerza para sus luchas y consuelo para sus pesadumbres; ella le dio dos alas a su espíritu para volar a las regiones inmortales.

Pronto una loza blanca lo se-

parará para siempre de nosotros. Pero allí donde más calla, es donde más habla, pues sabrá convertir en cátedra su tumba. El bronce que ha de venir en breve durará menos que la huella profunda dejada por el gran estadista en los fastos del país, como en roca viva. Del todo no muere quien sigue viviendo en nuestra historia en nuestras instituciones y en el corazón de sus amigos.

Cuán bella me parece en este momento la bandera de Colombia! Dentro de esa caja, envolviendo como un manto real el cuerpo del gran repúblico; afuera, ondeando majestuosa, llamando con alegría a una jornada de conciliación y paz, llamando a la unión que hace cien años quería Bolívar cuando, a orillas del mar, la reclamaba con acentos de amargura inmensa.

Callemos un instante! Concha duerme y la patria medita.